

La hiperinflación argentina, ¿una bendición?

("The Economist")

13-5-1989

A primera vista parece ridículo pretender que podría ser bueno para un país dado, en este caso Argentina, tener una moneda en proceso de rápida caída y una tasa de inflación mensual de más del 40%. Esto equivale a una tasa anual del 600 por ciento, lo que justifica plenamente que se hable de hiperinflación. Naturalmente, una situación como esta es algo que debe evitarse por todos los medios. No obstante, lo cierto es que la economía iberoamericana que ha conseguido recientemente los mejores resultados en la lucha contra la inflación -Bolivia- lo ha hecho partiendo de una inflación media del 12.000% en 1985, habiendo alcanzado máximos mensuales todavía más altos.

Muchas otras economías iberoamericanas han intentado repetidamente enfrentarse con elevadas tasas de inflación, aunque no llegaran a hiperinflaciones. El éxito, en estos casos, sólo ha durado, normalmente, mientras se han mantenido los controles sobre precios y salarios. El plan austral de Argentina, por ejemplo, fué adoptado en Junio de 1985 en un momento en que la tasa de inflación anual era de más de 1000%. Hacia mediados del siguiente año, los controles de salarios y precios la habían reducido a menos del 100%, pero cuando tales controles desaparecieron la inflación reemprendió la escalada.

Una gran parte del éxito de Bolivia se debió a un excepcionalmente severo programa de reforma fiscal. El gobierno redujo sus gastos y aumentó los ingresos fiscales. (Esto último ocurrió gracias a la rápida caída de la inflación. Con los precios aumentando el 10.000 por ciento al año, los retrasos en el cobro de los tributos reducen su importe real). El déficit presupuestario disminuyó de cerca del 30% del PNB en 1984 al 9,1% en 1985 -el año de la "Nueva Política Económica"- y al 2,9% en 1986. Reducido el déficit, el motor de la inflación se quedó sin carburante.

Los distintos planes anti-inflacionistas de Argentina no han conseguido en ningún caso resultados tan positivos y duraderos sobre el déficit fiscal. Los autores de un reciente informe (1), con todo, sostienen que la política fiscal no lo es todo.

A partir de 1982, el gobierno de Méjico llevó a cabo un programa de ajuste que condujo a una reducción del déficit presupuestario del 10% del PNB al 2% del PNB en 1983. Esto llevó a su vez a la economía a una recesión: el PNB disminuyó en un 5% dicho año. Pero el programa supuso un éxito en la eliminación del déficit exterior del país (lo que había constituido el principal objetivo). La inflación, sin embargo, subió del 30% en 1981 al 90% en 1983. Brasil tuvo una experiencia similar con un programa respaldado por el FMI en 1983-84. El déficit fiscal bajó del 8% de PNB en 1982 al 3% en 1984. El déficit exterior se redujo del 9% del PNB en 1982 al 4% en 1983, y se alcanzó un superávit en 1984. Pero la inflación anual subió del 90% en 1982 a más del 200% en 1984.

¿Por qué habría de ser más fácil curar una hiperinflación que una inflación elevada, pero estable, del tipo de las iberoamericanas corrientes?. Los países con una inflación crónica se acostumbran a ella. Los contratos se establecen en la creencia de que los precios aumentarán tanto o cuanto a lo largo de tal período de tiempo. Con una inflación de, digamos, el 20% anual, podría ser posible actualizar tales contratos una vez al año. Si fuera del 100%, los contratos deberían ser revisados varias veces al año. Etc. Cuanto más elevada sea la tasa de inflación más breve será la duración posible de los contratos si los precios relativos han de continuar teniendo algún sentido.

Estos contratos suponen una rémora para el sistema. La inflación no puede reaccionar rápidamente ante una contracción

(1) "Inflationary Rigidities and Orthodox Stabilisation Policies", por Miguel Kiguel y Nissan Liviatan. World Bank Economic Review, vol. 2, núm.3.

de la política fiscal porque los contratos, de hecho, intentan mantener la inflación a su tasa actual. Cuanto más prolongada sea la duración de los contratos, mayor será la inercia del proceso. Con una hiperinflación, por el contrario, desaparece pura y simplemente la formalización de contratos en moneda nacional. La duración de los mismos, en efecto, se reduce a nada. En estas circunstancias, una contracción severa puede tener un efecto inmediato y duradero.

Véase, si no, Bolivia. Puso en marcha su plan anti-inflación en Septiembre de 1985. Los precios habían subido cerca del 60% en el mes anterior. Se estabilizaron en una semana. En el mes siguiente, incluso bajaron el 2%. Obsérvese, además, que Bolivia no utilizó controles directos de los precios.

Hay otro factor que hace que la hiperinflación sea más fácil de combatir que la inflación crónica. Cuando los gobiernos ponen en práctica programas de estabilización es vital que sus promesas de reducir el gasto público sean creídas. De lo contrario, la gente procederá como si la inflación no fuera a reducirse, lo que en si mismo se convierte en una profecía. Una inflación alta, pero estable, pese a ser muy dañina, es tolerable. Esto hace que se dude de las promesas de reducirla, en especial si el hacerlo ha de resultar muy doloroso.

La hiperinflación, en cambio, es insoportable. Llegado un límite, el dinero deja de tener significación alguna, y las transacciones se realizan en moneda extranjera, o mediante el trueque. Ahora bien, cuando la economía se olvida del sistema monetario interno el gobierno dispone de la oportunidad de empezar de nuevo a cero. En medio de una crisis auténtica y real, el gobierno tiene más posibilidades de ser creído. Si se está ante unas elecciones o si se va a producir un cambio de gobierno justo en el momento adecuado, tanto mejor. Argentina tiene una hiperinflación y va a celebrar elecciones el día 14 de Mayo.